

EL JAÉN DESAPARECIDO

Por *Fernando Chueca Goitia*

LA capital del Santo Reino, era una cándida y misteriosa ciudad plácidamente acostada sobre el monte de Santa Catalina, en un marco natural de sublime belleza que nos recuerda alguno de los más grandiosos paisajes de Grecia.

Los barrios antiguos, de trazado musulmán, forman una media luna en las estribaciones de la ladera. En el extremo sur está la catedral y junto a ella se desarrollan dos barrios de calles rectilíneas que crecieron a partir del siglo XVI.

La antigua ciudad, llena de encanto y poesía, está por desgracia muy degradada y constantemente se derriban edificios nobles o sencillos, pero de gran carácter, para sustituirlos por otros que acusan un modernismo degradante.

La ciudad moderna ha avanzado por el este, clavándose como una cuña en la venerable catedral de Vandelvira. Esta ciudad moderna, con sus grandes bloques de arquitectura propios de empresarios y promotores, no puede ser más estridente. Desgraciadamente, será el testimonio acusador de una época como la nuestra que fue muy destructiva en relación con nuestro patrimonio histórico.

En esta fementida cuña, han surgido bloques mastodónticos de la más vulgar arquitectura de consumo. Ha desaparecido el arte, la finura, la inspiración, el buen gusto, la medida, el señorío, la elegancia, la discreción, de un legado histórico y castizo que yo todavía pude contemplar en mis primeras visitas a Jaén allá por los años de 1940. Lo que se me quedó entonces más grabado en la memoria, fue la solemne perspectiva que siguiendo calle arriba descubren el ábside de la Catedral, recto y majestuoso, y la capilla del Sagrario, obra magna de don Ventura Rodríguez.

Este espectáculo estaba todavía en toda su volumétrica pureza sin alteraciones que hoy ya en gran parte lo desfiguran.

Jaén fue una de mis primeras debilidades como historiador de la arquitectura. Estaba yo por entonces trabajando en el Instituto Velázquez, correspondiente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y me acuerdo que don Diego Angulo, que me aconsejaba investigar sobre nuestra arquitectura renacentista, me orientó hacia Andrés de Vandelvira, el gran maestro del Reino de Jaén.

Fui a esta ciudad, me subyugaron los edificios que nos había dejado aquel maestro y sobre todo la catedral y su fabulosa sacristía. Mi primer propósito fue dibujar con todo detalle la famosa sacristía, dibujos que luego utilicé en diversas publicaciones, y especialmente en mi libro sobre Andrés de Vandelvira publicado por el Instituto de Estudios Giennenses. Para mejor cumplir mi propósito de dibujar la sacristía de la Catedral de Jaén, pedí ayuda a los bomberos de la ciudad. Yo era entonces un muchacho y no me asustaba saltar por los andamios. Los bomberos prepararon sus escalas, me colocaron un cinturón de seguridad con un fuerte eslabón, como el que utilizan ellos para colgarse de algunos sitios inverosímiles, y gracias a esto yo pude medir la más inaccesible moldura de la obra de Vandelvira con toda precisión y detalle.

Mis visitas a la ciudad se prodigaron durante mucho tiempo, pues no solamente me propuse estudiar los monumentos de la capital, sino los de otras numerosas localidades de la provincia donde el genio de Vandelvira dejó su impronta, especialmente Baeza, Úbeda, La Guardia, Huelma, Villacarrillo, y tantas otras de aquel afortunado rincón de España.

Trabé muy buenas relaciones con personas que me distinguieron con su amistad; entre ellas el que entonces era presidente del Instituto de Estudios Giennenses, don José Antonio de Bonilla y Mir; el arquitecto don José Luis Berges Roldán; el historiador don Rafael Ortega Sagrista, y otros muchos, algunos desaparecidos y otros todavía activos entre nosotros.

En mis recuerdos de Jaén, se suma, junto con la alegría y el descubrimiento para mí de nuevos monumentos, la frecuentación de personas queridas y sinceramente admiradas.

Me acuerdo que consecuencia de todo esto, José Luis Berges me pidió que prologara un libro suyo que llevaba por título «Dibujando en Jaén»; porque hay que destacar que Berges es uno de los arquitectos más diestros en el arte del dibujo. Sabe como nadie captar no sólo las imágenes de los

grandes edificios, sino el pálido de las placitas recoletas, las calles angostas, los edificios populares y los paisajes que sirven de fondo a la urbana aglomeración.

Este libro de Berges servirá sin duda alguna para recordar aspectos del Jaén desaparecido, de ese Jaén que se ha perdido en gran parte por la torpeza y la vanidad de los arquitectos modernos que han clavado en la ciudad y en su paisaje, como decía antes, una cuña de estúpida abominación. Esta cuña, que llega a clavarse en el ábside mismo de la catedral, subiendo por la calle Bernabé Soriano, antigua Carrera. ¡Qué pena, qué desgracia, qué gran tragedia! Las casas, las casonas, los conventos, los hermosos palacios de Jaén, eran blancos, eran sobrios y proporcionados, eran de una señorial elegancia y contención. La cuña horrorosa que ahora se clava en el corazón delicado de la ciudad y que tiene por eje en dirección casi norte-sur, la enfática Avenida del Generalísimo, es la negación misma de lo que fue Jaén y de lo que debía haber seguido siendo, aunque se hubiera atemperado a los tiempos modernos, pero se ha roto el contrapunto tan expresivamente, puesto de manifiesto por Berges en su excepcional colección de dibujos.

Pero para nuestro regalo y consuelo, queda la gran catedral. Un gran monumento tiene la virtud de atraer la vida hacia él como un árbol frondoso atrae al viandante. Esto pasó en Jaén, donde la catedral, siendo tan excéntrica, se ha convertido paradójicamente en el centro de la ciudad. Lo mismo pasó en Sevilla con la gran mezquita de los almohades.

El que la gran catedral giennense haya polarizado lo que podemos llamar el centro espiritual y vital de la ciudad, ha empobrecido consiguientemente los barrios opuestos, el de la Magdalena, depauperado como pocos, cuando por su historia y carácter podría ser de los más atractivos e interesantes. Allí existen restos del patio de una vieja mezquita, allí existen baños árabes, restaurados por el empeño y talento de José Luis Berges, allí existen restos de una venerable antigüedad. Pero en la última época en que yo transité por este barrio de la Magdalena, las calles estaban sucias y destaraladas, los árboles raquíticos, víctimas de las hordas de pequeños salvajes que no han recibido ninguna educación de sus padres, los faroles rotos a pedradas, las casas medio en ruinas, los solares sin vallar sirviendo de vertederos, la inmundicia acumulada y el polvo flotando en la atmósfera de la ciudad decrepita.

Algo ha que falto de la ciudad de la Santa Faz. No sé, pero lo espero, que algo hayan mejorado estos barrios decrepitos, y que algo se haya contenido el zarpazo modernista de los promotores y arquitectos especulativos.

Y también lo deseo por mi amor entrañable hacia Jaén, que desde aquéllos años de mi juventud no ha dejado nunca de apagarse y hasta crece con la fuerza del recuerdo.